

traspasa el mundo académico y tiene carácter más general como preocupación pública esto es: sí este proyecto político que se apoya en “líderes globales” puede transformar la cultura “plebeya de un país”, y además, establecer una dominación legítima y perdurable en el tiempo. Sobre esta cuestión, Vommaro explica que las partes enfrentadas parecen no reconocerse como interlocutores válidos. Por un lado, están quienes creen que el gobierno puede representar un interés general, y por otro, quienes por el contrario piensan que están atados a servir intereses privados y no comprender “la cosa pública” y, por ende, no respetar su “especificidad”.

En suma, el libro constituye un aporte novedoso tanto para la sociología política como también para los estudios argentinos recientes enfocados en el mundo de los *managers*. Recuperando la narrativa de los propios actores y sin perder el lugar de la crítica, una virtud fundamental de este trabajo es restituirles la capacidad a los propios actores de construir sus propias teorías. Vommaro no sólo aprehende los factores y vectores de larga data del proceso de politización que contribuyen a comprender el triunfo de cambiamos, sino va más allá y delinea el proceso político inaugurado desde aquel momento.

Latour, Bruno (2017) Cara a cara con el planeta Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI, 352 páginas.

Micaela Comesaña⁵¹

Este libro está compuesto por ocho conferencias en las que Bruno Latour se propone estudiar los conflictos ecológicos retomando las premisas de la Teoría del Actor-red que desarrolló en obras anteriores. Nuevamente toma la tarea de aplanar el paisaje para volver de una vez y para siempre a la Tierra. La finalidad de esta nueva obra es contribuir a la tarea colectiva de explorar los cambios que se produjeron en la antigua Constitución moderna que repartía los poderes entre ciencia y política. Este cambio hizo emerger un Nuevo Régimen que se centra en la cuestión *de los climas*.

En la primera conferencia aborda la problemática “Sobre la inestabilidad de la (noción de) naturaleza”, tema que no es nuevo en los escritos de Latour y que lo ayudara en las siguientes conferencias a pensar nuestra relación con el mundo. Comienza poniendo en cuestión el concepto “crisis ecológica”, el problema aparece cuando se alude a

⁵¹ Estudiante avanzada de la carrera de licenciatura en Sociología (UNMDP). Correo: micaela.cf95@gmail.com

él como un “retorno del humano a la naturaleza”, admitiendo dos dominios que lo componen: el de la naturaleza y el de la cultura. Al intentar definir ambos dominios, notamos que no se puede definir a uno sin invocar al otro, lo que querría decir que son un único concepto dividido en dos partes que se encuentran ligadas. El binomio conceptual Naturaleza/Cultura contiene una dimensión normativa que no se ejerce desde el lado de la cultura o la sociedad, sino que se encuentra del lado de la naturaleza. Lo natural aparece como un sinónimo de “ley moral” que tiene el deber de llamar al orden a aquellos que no acatan sus leyes. El concepto de “naturaleza” aparece como una versión simplificada, exageradamente moralizante y prematuramente política. En lugar de seguir hablando de “crisis ecológica”, Latour propone hablar de una *mutación de nuestra relación con el mundo*. Por un lado, al dejar de hablar de crisis, dejaríamos de pensarlo como un periodo de tiempo que tiene principio y fin, el concepto mutación trastorna al mundo entero, el cambio es irreversible. Por el otro, el término ecológico parecía desafectarnos de los cambios que se producen en el mundo, por eso considera mejor interpelar a nuestra relación personal con él (o mejor *ella*, Gaia). En esta conferencia llama a los científicos a modificar su relación con el mundo y en vez de “hacer solo ciencia” reconocer tanto el poder político de representación que poseen, como el lugar que deben tomar en los nuevos conflictos sobre la forma de ver el mundo y la geopolítica. ¡Ahí viene! Es necesario afrontar a *Gaia*.

Una vez introducida la inestabilidad del término, en la segunda conferencia, plantea “Cómo no (des)animar la naturaleza”, comenzando por devolverle su potencial político. La Ciencia moderna se ha encargado de relegar la Naturaleza a un lugar de actor inerte, negando su historicidad e ignorando la potencia de actuar que poseen las fuerzas de la naturaleza. Con el binomio sujeto-objeto ocurre lo mismo que con el par Naturaleza/Cultura, como no se pueden definir a uno sin el otro, es necesario encontrar el concepto común que divide ambas partes. Para abandonar esta Naturaleza despolitizada y ver de una vez por todas al mundo debemos aprender a habitar lo que Latour llama una zona metamórfica que capture todos los morfismos que la comprenden. Si continuamos sirviéndonos de la distinción entre un mundo humano, habitado por actores dotados de conciencia, y otro mundo natural, habitado por actores despojados de acción, como entidades distintas para describir lo que comprende el mundo real, estamos confundiendo una abstracción con una descripción. Para la Ciencia moderna, la naturaleza era una referencia para la objetividad, un espacio sin seres humanos. Sin embargo, la huella de la humanidad está por todas partes. Por debajo de la “naturaleza”, el mundo, aquella zona metamórfica, comienza a hacer visible. Es necesario salir de toda

“religión de la naturaleza” para tener una concepción mundana, mejor dicho, *terrestre*, de la materialidad. Cuando dejemos de simplificar el reparto de las posibilidades de actuar entre actores humanos sobreanimados y no humanos desanimados, podremos comprender la idea de que la Tierra retroactúa a nuestras acciones y, por fin, conocer a Gaia.

En la tercer y cuarta conferencia tituladas “Gaia, figura (al fin profana) de la naturaleza” y “El Antropoceno y la destrucción (de la imagen) del globo” Latour presenta a sus personajes principales. En primer lugar, *Gaia*, aquella figura antisistémica que no encaja en el esquema Naturaleza/Cultura, y que, por ende, no puede ser tomada de manera holista. Ella está compuesta de una gran cantidad de agentes con una amplia gama de intencionalidades. *Gaia es de este mundo*. Sobre la Tierra, nadie es pasivo, nada es inerte, ni benevolente, ni exterior, cada organismo modifica su entorno y a los demás a su conveniencia, no se adaptan, crean su ambiente. “Si el clima y la vida han evolucionado juntos,[...] el espacio es un hijo del tiempo”(pp.125). En segundo lugar, el Antropoceno, la era que admite la influencia de la humanidad sobre el mundo. A partir de esta era, se abandona la figura del Globo que unifica aquello que debería ser compuesto, poniendo a la historia en el centro de la cuestión. Tanto Gaia como *Ánthropos* poseen la característica de la sensibilidad. Gaia es sensible a nuestra acción y es capaz de reaccionar rápidamente a lo que siente. El desafío para nosotros es recuperar la sensibilidad a la acción de Gaia, envolviéndonos en circuitos captadores en forma de bucles, para así volver a “ser de esta Tierra”, siendo más sensibles y más reactivos al lugar donde habitamos. Estas conferencias comienzan a introducir la posibilidad de que los colectivos se entreguen a la tarea política, a la cual los llama el Antropoceno, de seguir los bucles generando nuevas formas de definirse que no encajen en el esquema Naturaleza/Cultura.

En la quinta conferencia, “¿Cómo invocar a los diferentes pueblos (de la naturaleza)?”, Latour presenta a los pueblos que están en lucha por la ocupación de la Tierra. Uno de ellos es el pueblo de la Naturaleza, el cual consolida su cosmología en base dos características: la exterioridad y la universalidad. En cuanto al espacio, este pueblo se construye como oposición al pueblo de la Creación, lo que los hace estar siempre en guerra. El pueblo de la Naturaleza desanima a los agentes que pueblan el mundo, mientras que el pueblo de la Creación los sobreanima. Lo interesante es que el Dios ordenador de la visión religiosa no se aleja mucho de la Naturaleza ordenadora de la visión científica del mundo. En ambas visiones solo actúa un mediador. No pasa nada, carece de historia. Se pierde entonces, para estos dos

pueblos, el sentido de la historia, lo que produce un cambio radical en la manera de ocupar la Tierra.

En la sexta conferencia, aborda el problema sobre “¿Cómo (no) acabar con el fin de los tiempos?”. Los modernos han heredado de su separación de la religión, el apocalipsis. Para ellos, se acabó el tiempo “de la oscuridad” y ahora viven en el tiempo “de las luces”. Viven con la certeza de que el tiempo del fin ha llegado, pero que continúa pasando. La tierra prometida de la modernidad, sigue siendo prometida. Si los modernos no han escuchado las alertas del apocalipsis es porque son irreligiosos en el sentido que negligencian la materialidad, descuidan sus obligaciones con ella, la deshistorizan, niegan su retroacción. Lo terrestre, la Tierra es para los modernos la trascendencia (la culminación de los fines) intentado desplegarse en la inmanencia (el tiempo que pasa), perdieron cualquier contacto posible con lo terrestre. El climaescepticismo “no es un escepticismo referido a la solidez de los conocimientos sino un escepticismo sobre la posición de la existencia” (pp. 232), para ellos el apocalipsis ya tuvo lugar, la historia terminó, no hay nada que hacer. Para finalizar la conferencia Latour presenta un nuevo pueblo, el de Gaia. “El apocalipsis es un llamado a ser por fin racional, a tener los pies en la tierra” (pp.245). Este pueblo está llamado a rematerializar la pertenencia al mundo, a devolverle su potencia de historización. “Gaia es la señal de regreso a la Tierra” (pp, 245).

En la séptima conferencia, “Los estados (de Naturaleza) entre la guerra y la paz” explora la cuestión de la geopolítica de los territorios en lucha. Para tener una ecológica política es necesario aceptar que estamos divididos en lo que refiere a las cuestiones ecológicas. El Antropoceno pone fin a la imagen del Globo rompiendo con cualquier universalización prematura de la especie humana, lo que permite imaginar una nueva comprensión de la noción de especie. El nuevo Régimen Climático nos obliga a la política. Los Humanos, aquellos actores universalizados y desmovilizados que viven en la época del *Holoceno* y los Terrestres, el pueblo de Gaia que vive en la época del Antropoceno, deben aceptar entrar en guerra. En el Nuevo Régimen, es necesario repolitizar la concepción de la ecología y afrontar el desafío de reterrestrializar la existencia. Abandonar el globo y la Naturaleza sería aceptar la necesidad de *encarar a Gaia* (la Anti-Globo), aceptar que hay una amenaza para quedar *cara a cara con el planeta*. Gaia es un tercero en todos nuestros conflictos pero, a diferencia de la Naturaleza, no desempeña en ningún momento un papel de árbitro soberano. Ahora, la animación es compartida por todas las entidades, ya no haya objeto (desanimado) ni sujeto (sobreaminado). En este Nuevo Régimen la Paz se inventa a través de la diplomacia.

En la octava y última conferencia surge la duda sobre “¿Cómo gobernar territorios (naturales) en lucha?”. En primer lugar, es necesario dejar de tomar a Gaia como un sistema unificado para aprender a reunirse sin un árbitro superior. Sería apolítico tomar a Gaia en este sentido porque los delegados habrían podido acudir a ella para poner fin a los desacuerdos. Por otro lado, ya no se puede dejar que los Estado-nación sean los únicos en el escenario, los delegados no estatales también deben defender el territorio al cual corresponden y del cual dependen para subsistir. Estos son conflictos entre *territorios*, representados por las delegaciones, todas con igual legitimidad y distintos intereses. Lo que aportan las delegaciones no estatales (tales así como “Pueblos Originarios” o “Organizaciones No Gubernamentales”) no es la “preocupación por la naturaleza” sino una acción corrosiva contra la delimitación de los territorios de la que los países siguen creyéndose los depositarios exclusivos y contra la lógica misma del ejercicio del poder. Gaia irrumpe como aquella que exige que la soberanía sea compartida. Hay dos direcciones posibles para gobernar en periodos de mutación ecológica: hacia arriba o hacia abajo. El primero, apelando a un principio superior común, el Estado de Naturaleza. El segundo, aceptando que no se tiene arbitro soberano pero tratando con igual nivel de soberanía a todas las partes intervinientes. Para Latour, debemos repensar la democracia por abajo, para repolitizar la negociación por la pertenencia a un territorio. Los Terrestres deben repensar el espacio, la geohistoria requiere un cambio en la definición de lo que significa ser apropiado por la tierra.

Para concluir, este libro tiene mucho para aportar en dos sentidos. Por un lado, al estudio sobre las cuestiones ecológicas. El formato de conferencia le entrega un carácter desestructurado que interpela personalmente al lector. Invitándolo a repensar su relación con el mundo y su forma de ver a los seres que lo componen. Ser terrestres, pertenecer al pueblo de Gaia, significa afrontar la tarea política de ser sensibles al territorio que pertenecemos y en el que estamos envueltos. Nuestra relación con el mundo está en constante mutación, recuperar la sensibilidad permitiría percibir los cambios que se producen y defenderlo de nuestros enemigos, aquellos que quieren apropiarse de él a su beneficio. Los ecologistas deben dejar de apelar a la destrucción de la naturaleza, o al fin de los tiempos, deben invitar a quedar cara a cara con el planeta, a conocerlo y a ser sensible a sus mutaciones.

Por otro lado, este libro es un ejemplo más de cómo llevar a cabo una investigación basándose en la Teoría de Actor-Red. ¿Cómo podemos conocer lo que compone el mundo si utilizamos palabras homogeneizadoras y moralizante para referirnos a algo tan heterogéneo y contingente? Una vez más Latour nos muestra que caer en las

dicotomías Naturaleza/Cultura y Sujeto/Objeto ya no nos sirve para explicar la situación actual del mundo. Las viejas premisas de la Modernidad nos llevaron a desconectarnos por completo del territorio en donde habitamos, ahora es tiempo de volver a conectarnos con él, de dejarnos atrapar en sus bucles de acción, de ser sensibles a la retroacción de Gaia, para volver a ser de la Tierra.